

Del canto lírico al laringoscopio

Por: Dr. Andrés Morilla Guzmán

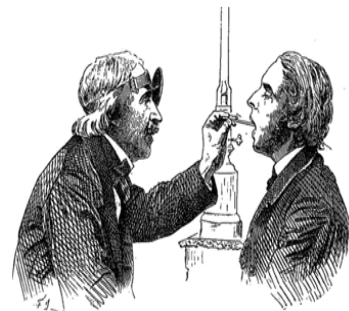


La visualización de la laringe y su descripción ha sido desde Aristóteles una gran curiosidad científica. En el año 250 A.C, Eristratos, investigador médico de Alejandría, describió la epiglotis, Galeno (129-200 D.C.), demostró la función de la inervación laríngea en experimentos con animales, Leonardo Da Vinci (1519) describió las funciones de la laringe, Andreas Vesalius (1514-64), es conocido por sus ilustraciones anatómicas de esta zona y así se sucedieron varios científicos e investigadores que dedicaron parte de sus estudios a la laringe.

Aunque el crédito de haber desarrollado el primer laringoscopio es motivo de controversia, es a Manuel Patricio Rodríguez García (Madrid 1805-Londres 1906), profesor de la Academia Real de Música de Londres, al que muchos coinciden en darle el crédito de su descubrimiento y ser el precursor de los laringoscopios actuales.

Fue profesor de canto del Conservatorio de París y de la Real Academia de Música de Londres. Hijo de un famoso tenor y profesor de canto español, debutó cantando como barítono y luego se dedicó a enseñar. En su afán de lograr una línea científica en su enseñanza se basó en el estudio de la fisiología de los órganos vocales. Obsesionado con el conocimiento científico del mecanismo de la voz y la perfección del canto humano, se apoyó en el trabajo de diversos anatomistas, en disecciones de laringes de animales y de cadáveres humanos para comprender cómo la disposición de las fibras musculares lograban que las cuerdas vocales crearan sonidos, pero esto no venció sus ansias de saber.

Un día del año 1854, caminando por Paris al observar los reflejos del sol en unas vidrieras, surgió la idea de combinar pequeños espejos para realizarse laringoscopias indirectas a él mismo y poder observar los movimientos de sus cuerdas vocales al emitir sonidos y fue así como surgió la laringoscopia que posteriormente se fue perfeccionando por otros investigadores hasta la época actual.



Vivió 101 años y sin ser medico, ni científico de profesión, fue elegido presidente de más de setenta sociedades laringológicas y la Universidad de Königsberg lo nombró Doctor honoris causa, lo que realza su mérito. En 1902 se le concedió en España la Orden de Alfonso XII y en 1924 la Real Academia de Medicina de Madrid le rindió un solemne homenaje por su descubrimiento.

DE LA HISTORIA